

**Octavio SALAZAR BENÍTEZ, *Masculinidades y ciudadanía*.  
Los hombres también tenemos género, Dykinson, Madrid, 2013, 468 pp.**

JAVIER VILAPLANA RUIZ  
*Abogado*

**Palabras clave:** masculinidades, género, democracia paritaria, patriarcado  
**Keywords:** forms of masculinity, gender, paritary democracy, patriarchy

I. Alguna vez escuché que Javier Marías solía contar algo parecido a que, en la mayoría de las ocasiones, no hallamos los libros que nos interesan o que pueden cambiar nuestra vida, sino que por el contrario, son ellos mismos los que, azarosamente, nos buscan y encuentran, emergiendo como una tabla de salvación en mitad del océano.

Una de las últimas obras que *me ha encontrado* y que me ha servido para, desconcertarme primero –arrojándome a la perplejidad del ciudadano que se siente injustamente privilegiado–, para más tarde abrirme paso entre el proceloso mar (siguiendo la acertada imagen líquida de Zygmunt Bauman) que todo lo invade y en el que cada vez más resultan precisas brújulas para navegar y navegarse en la constante, pero variable, incertidumbre, es el libro que nos ocupa.

Así, se dedicarán las líneas que siguen a un acercamiento e invitación a conversar, dialogar e incluso disentir con el pensamiento del Profesor Octavio Salazar Benítez recogido en su obra *Masculinidades y ciudadanía* (con el sugerente subtítulo, “los hombres también tenemos género”).

Se trata de un ejemplar trabajo –profundo, reflexivo, sistemático, razonado e irónico a veces– que aborda cuestiones políticas, jurídicas, sociales, filosóficas, semánticas o culturales, y ello porque las ramas del patriarcado se extienden sin fin en cualesquiera de los ámbitos de actuación humana, tiéndolos de *naturalidad* –las cosas son así porque son así–. Pero además, al dejarnos derivar por sus páginas, también podremos disfrutar de (muchas y muy

acertadas) referencias cinematográficas, de series de ficción (todo una sección del libro se titula *Mad Men*), o de literatura (Virginia Woolf, muy presente, es todo un referente del autor), que se antojan islas en las que naufragar.

Comienza el libro con una introducción tan sugerente como su provocativa portada<sup>1</sup>, que trata de situar al hombre frente al espejo. En este punto, el libro del Profesor Salazar construye un doble juego de espejos en el que esta tabla de cristal sirve tanto para reflejar y dar imagen de quien se sitúa frente a él, como para, al igual que en *Alicia en el país de las maravillas* y *A través del espejo*, poder cruzar a un nuevo orden, una nueva construcción social donde la paridad sea la única e innegociable regla de vida en común. La democracia o será paritaria o no será, afirma categóricamente el autor, como veremos más adelante.

En este primer acercamiento a las tesis del libro, sus páginas nos muestran un modelo de hombre que se ha ido construyendo como el único posible, como el naturalmente aceptable (competitivo, líder, universal, dominante, ganador, capitalista, etc.) sumiendo incluso a los propios varones en una suerte de esclavitud que les encierra en un unívoco e incuestionable modelo de macho.

La diversidad masculina estaría proscrita en las reglas patriarcales, que han derivado en un exclusivo –y excluyente– patrón de hombre que el Profesor Salazar –bebiendo de la expresión de Myriam Miedziam, en una acertada analogía con las tesis de Betty Friedan y su célebre *La mística de la feminidad*– tilda de “mística de la masculinidad”, otro mal, padecido por los varones, que tampoco *tendría nombre*.

Pues bien, partiendo de que el hombre se hace –que es un proyecto genético, sí, pero sobre todo cultural e histórico, en los términos que también plantea el filósofo Marina–, el autor pretende dejar constancia de que la masculinidad no es una forma de ser –esencia– universal y constante, sino un fluir cambiante y susceptible de adoptar múltiples y alternativas formas.

En este sentido, y siguiendo las enseñanzas del premio nobel Amartya Sen, podemos concluir que todos y todas somos diferentes, pero diferentes de un modo diverso<sup>2</sup>, de tal suerte que son posibles infinitas y eventuales maneras de ser hombre –también, claro, de ser mujer–, de modo que el libre desarrollo de la personalidad (artículo 10 de la Constitución Española, C.E.) permite que cada cual elija, asentado en los cimientos de la innegociable dignidad humana, su propio plan de vida.

<sup>1</sup> Les invito a dejarse seducir por la obra fotográfica de Fernando Bayona, autor de la lección de *esgrima* que abre *Masculinidades y Ciudadanía*.

<sup>2</sup> A. SEN, *Bienestar, justicia y mercado*, Paidós, Madrid. 1997.

II. La “cartografía” –según el D.R.A.E., el arte de trazar mapas–, se ha convertido para el Profesor Salazar en una recurrente metáfora a la que, una y otra vez, gusta de acudir para ayudarse a caminar por un mundo en el que cada vez es más difícil encontrar cosas que permanezcan siendo sólidas.

Un mapa tiene, al menos, dos utilidades: una actual y otra potencial: en primer lugar nos ayuda a conocer el terreno que pisamos, describiendo sus accidentes y recovecos; en segundo –y quizás más importante– lugar, nos sirve de guía para alcanzar un destino deseado. En este punto, y de nuevo retomando las enseñanzas de Marina, el ser humano se caracteriza por crear proyectos –como el de la libertad, la dignidad, la igualdad– y tender hacia ellos, actuando, pergeñando hábitos que desembocan en futuros que antes se antojaron *nolugares* o utopías.

Con tal premisa *Masculinidades y ciudadanía* nos sirve pues tanto como cartografía de las actuales y desdeñables estructuras patriarcales, como de “mapa del tesoro” en orden a alcanzar la igualdad material (artículo 9.2 de la C.E.) que es presupuesto y límite de cualquier sociedad realmente justa y de todo estado social y democrático de derecho cualitativamente digno de considerarse como tal.

Así las cosas, realizan los dos primeros capítulos del libro (titulados “El género de la ciudadanía” y “Construyendo la democracia paritaria”) un recorrido histórico-jurídico por la *cara oscura de la luna*, el reverso acallado de los acontecimientos, el itinerario de los lugares silenciados. Así el Profesor Salazar nos recuerda –o nos enseña por vez primera– que la revolución francesa, liberal y burguesa –germen de nuestra actual situación de progreso ciudadano– fue sólo para unos pocos, por unos pocos y de unos pocos, quedando la mitad de la población (las mujeres, sí) al margen. En las afueras.

Es, leemos en estas páginas, en este momento donde lo masculino se erige en categoría de universal, en única concreción de cuanto hay.

El hombre *es* (caracterización falazmente esencialista), la mujer *hace*.

Se combate por el autor la, artificiosa y simplista, división binaria que parte del patriarcado<sup>3</sup>, de tal manera que se articula un enfrentamiento entre lo masculino y lo femenino, lo público y lo privado, el ser y el hacer, lo universal y lo particular, la cabeza y el corazón, etc.

---

<sup>3</sup> Entendido por el Profesor Salazar de acuerdo con las concepciones de Adrienne Rich, como “cualquier clase de organización grupal en la cual los machos mantienen el poder dominante y determinan cuál es el papel que deben jugar o no jugar las mujeres, y en el cual las capacidades asignadas generalmente a las mujeres son relegadas a los dominios místicos, estéticos, y excluidas de lo práctico y lo político”.

Estas díadas suponen un doble hurto para el ser humano: hombres y mujeres resultan apartados y excluidos de aquellos atributos *proprios del contrario* de tal modo que si bien ellas quedan excluidas de la vida política, intelectual, literaria, cultural, etc. quedando relegadas a la casa –ámbito privado– y a las tareas de cuidado, también ellos resultan alejados de aquello que resuena a femenino –de ahí, como resalta el autor, la homofobia patriarcal– con lo que el varón se somete al yugo de tener que ser, sí o sí y en cualquier caso, un héroe viril.

La contraposición, sin más, de estos elementos binarios no sólo por tanto ha venido cerrando contumazmente las puertas a la igualdad, sino que ha narrado una historia –jurídica, política, cultural, como nos relata el Profesor Salazar– en la que la mitad de la población ha venido quedando inicuaamente excluida. Y, de nuevo citando a Marina, la historia –y sus proyecciones– como actuar social que es, influye en la personalidad individual de cada uno de nosotros, a su vez, artífices de esa historia performativa.

Con tal premisa, en estos capítulos re-descubrimos que la *grandeza* de autores como Rousseau –con su distinción, netamente patriarcal, entre *Emilio* y *Sofía*– o la relevancia de acontecimientos como la Revolución Francesa quedan diluidos por su estrechez de miras en cuanto al papel de la mujer y a la, supuesta, supremacía del hombre.

Por todo, tras el recorrido que lleva a cabo *Masculinidades y ciudadanía*, nos queda un poso de tristeza e indignación porque el “relato oficial” –confeccionado, claro es, por varones– dejaba al margen al 50% de la población. Lo masculino es universal, exclusivo, único, relevante. Ese había sido el mensaje (y el lenguaje, instrumento y producto cultural, ha sido un implacable cómplice). Lo femenino quedaba oculto, relegado a la privacidad del hogar, limitado a tareas –la mujer *hace*, recordemos–, de cuidado y atención al *guerrero*, su familia y su prole.

Por tanto, concluirá Salazar Benítez, la Ilustración luchó contra las jerarquías preexistentes pero mantuvo las de género, dejando en la sombra tal actuación, ajena a los ojos de lo masculino. Para tales objetivos se valió, entre otros instrumentos, de un sistema jurídico –no olvidemos que el autor es Profesor Titular de Derecho Constitucional– de corte liberal, creado en la época como reacción frente al antiguo régimen, del que fueron sólo *liberados* los nuevos ciudadanos –antes súbditos– varones, que, paradójicamente, quedaban subyugados bajo el manto del patriarcado y, a su vez, *se olvidaban* de la mujer, que permanecía en su inferior posición pre-revolucionaria.

Esta situación –fáctica y jurídica– no obstante comenzaría a cambiar merced a los movimientos feministas (autoras como Simone de Beauvoir, la citada

Betty Friedan, Mary Wollstonecraft, o la escritora Virginia Woolf) que pondrían de manifiesto tanto las paradojas del sistema –pretendidamente universal pero claramente segregador– patriarcal, como la necesidad de ampliar el campo de libertad y justicia –comenzando por el *cuarto propio* de cada una– hasta lograr la sustantiva igualdad –no la meramente formal, un brindis liberal, padre de notables iniquidades–, elemento definidor de la ciudadanía.

De nuevo por las páginas del libro del Profesor Salazar se lleva a cabo un viaje por la historia conocida –el estado liberal, el estado social, las diversas generaciones de derechos, etc.–, pero se pone el foco sobre las *perdedoras del relato* que nuestros abuelitos nos han contado y que tuvieron que ir luchando, a remolque de la historia, por los derechos que los varones ya habían incorporado a su acervo.

No obstante, es a mitad del segundo capítulo donde emerge ya con toda claridad y pulcritud técnica la figura del Salazar jurista y donde su libro bien puede calificarse de texto fundamental en la ardua tarea de formar y educar a las nuevas generaciones en valores como la ciudadanía, la igualdad, la diferencia o la simple democracia.

Es aquí (tras retratar algunas de las manifestaciones más evidentes de la desigualdad entre sexos: el acceso a los cargos públicos, la violencia de género, etc.) donde encontramos uno de los epígrafes, sin duda, más relevantes del libro, aquél que encierra una máxima que resume el desenmascaramiento del privilegio patriarcal erigido como naturaleza de las cosas: la democracia o es paritaria o no es.

Así la inalienable igualdad entre hombre y mujer se eleva a la categoría de requisito y presupuesto innegociable para el mantenimiento de la paz y la consecución de la justicia social, proyecto común recogido, entre otros textos, en nuestra Carta Magna.

III. En el capítulo tercero, titulado expresivamente “la mística de la masculinidad”, encontramos –una vez más– una cartografía en su función explicativa, esto es, conocemos el territorio de la masculinidad hegemónica, basada en el lugar privilegiado del varón en la sociedad y el rechazo de los valores, actitudes y aptitudes *propios de las mujeres*.

Estos condicionantes (de género, por tanto, culturales y sociales<sup>4</sup>) tienen sus consecuencias también en todas las esferas de actuación humana, desde

---

<sup>4</sup> Recuérdese que en el título del libro que nos ocupa ya se nos indica que: *Los hombres también tenemos género*, luego la masculinidad puede deconstruirse y volverse a construir de acuerdo con presupuestos y proyectos culturales, sociales, políticos, etc.

el contrato sexual –contando con la complicidad de un derecho, civil, penal, elaborado por y para el varón–, hasta la homofobia como manifestación de la negación de lo femenino.

Así, se ha conseguido un reparto jerárquico de tiempos, espacios y responsabilidades entre hombres y mujeres (i); una socialización de varones y hembras en valores y pautas de conducta y roles asociados a ese reparto dualista (ii); y una concepción de la paternidad y las relaciones familiares marcada por el reparto de lugares y funciones *proprios de* los hombres y por ellos mismos asignados (iii).

No obstante, las simples y simplistas estructuras binarias a que hemos aludido acaban por atacar cualquier forma de vida elegida legítimamente como proyecto ciudadano –en tanto que manifestación de la dignidad y de las capacidades de cada cual– que se aparte de su encorsetada e interesada estrechez de miras. No debemos perder de vista que el género es cultura y ésta participa (en cuanto a que es manifestación propia) de la naturaleza del “bucle prodigioso”<sup>5</sup> en tanto que re-hace y es re-hecha, de tal suerte que una simple “oveja descarriada” podría culminar, a ojos del patriarca, en todo un rebaño descarriado.

IV. De todo lo anterior se colige sin esfuerzo que resulta preciso y urgente la confección de nuevas y alternativas masculinidades –el hombre también se hace–, a lo que se dedican tanto el capítulo IV como el V del libro que nos ocupa que comienzan abogando por unos atinados y esperanzadores retos cualitativos –no meramente numéricos o formales– de la democracia paritaria (o, *rectius*, simplemente, democracia).

Con tal objetivo intelectual, el Profesor Salazar propugna una hibridación entre, precisamente, la acuciante necesidad de romper con la (artificial) dicotomía público/privado (en este sentido debe erigirse la armonización de la vida laboral y profesional como un derecho-deber de cada ciudadano, sin distinción de sexo o género), y de otro lado, la insoslayable necesidad de introducir valores y referentes *tradicionalmente* femeninos en la gestión pública y empresarial, y es a que a nadie se le escapa que muchas de las causas de la actual crisis económica –y sus sucesivas crisis institucionales, culturales, sociales, etc.– tienen su engarce en conductas netamente masculinas –el riesgo, la competición, la imprudente vanidad...–

---

<sup>5</sup> J. A. MARINA y M<sup>a</sup> T. RODRÍGUEZ DE CASTRO, *El bucle prodigioso. Veinte años después de “Elogio y refutación del ingenio”*, Anagrama, Madrid, 2012.

Así las páginas del capítulo cuarto se ocupan de, partiendo del principio de igualdad –constitucionalmente reconocido y tutelado–, y del libre desarrollo de la personalidad, proponer soluciones pactadas que culminen en la conciliación/armonización de los diluidos ámbitos profesionales y familiares.

Lo personal (aquello que se proyecta en el espacio privado) es política y los poderes públicos deben –con base en los principios constitucionales y teniendo presente que en democracia lo “normal” es lo diverso– abogar abiertamente por la consecución de una igualdad material que es la única que justifica la democracia paritaria.

Una vez más, aflora el jurista Salazar en el citado capítulo IV, recorriendo de manera detallada y precisa la doctrina de los tribunales<sup>6</sup> y la diversa normativa (estatal y autonómica) dedicada a la conciliación, a los permisos de paternidad o a la custodia compartida –corresponsabilidad en tiempos de crisis, según el autor–, etc. Ciudadanía y poder: los dos ejes sobre los que se articulan un sistema constitucional.

Tal análisis legal, no obstante, culmina con el contenido del último capítulo de *Masculinidades y ciudadanía*, el quinto, que como anticipábamos trata de alcanzar una nueva “racionalidad pública” basada en la asunción de los valores propios de lo femenino, especialmente de la “ética del cuidado” –Carol Gilligan– sustentada en la intersubjetividad, el reconocimiento, la solidaridad o la ternura.

De esta ética interesa especialmente su vinculación con la justicia, en tanto que aporta juicios más contextualizados (tiene especialmente en cuenta los detalles de las relaciones y no se basa tanto en principios genéricos) y tiene a valorar más el punto de vista del “otro particular”.

Pero además de lo anterior, Salazar Benítez aboga por la lógica de la sostenibilidad de la vida entendida como proyección al ámbito público –de nuevo la ruptura de la dicotomía privado/público–, de la preocupación por el futuro de sus hijos de toda madre, de tal suerte que, frente a la actual y patriarcal tiranía de la inmediatez –de la siguiente rueda de prensa, del fin del ejercicio fiscal, de las próximas elecciones, etc.– se deben proyectar políticas que tengan en cuenta el mundo que le dejamos a las generaciones venideras.

---

<sup>6</sup> Especialmente del Tribunal Constitucional que ha llegado a hablar de “dimensión constitucional” de las medidas tendentes a facilitar la compatibilidad de la vida laboral y familiar de los trabajadores, tanto desde la perspectiva del derecho a la no discriminación como desde el mandato de protección a la familia y la infancia.

Con estos mimbres el autor concluye que se hace preciso incorporar a nuestro acervo común el *maternaje*, entendido como la práctica de dedicar tiempo al cuidado de la vida, a sostener y cuidar la vida.

Por último el Profesor Salazar apuesta decididamente por la educación en tanto que, como se viene insistiendo en estas líneas y se explicita suficientemente en *Masculinidades y ciudadanía*, el orden patriarcal es sobre todo cultura y símbolo, por tanto susceptible de deconstrucción y derrumbe para erigir un nuevo marco convivencial en donde la autonomía de la voluntad, el libre desarrollo de la personalidad, la deliberación entre iguales y la dignidad de cada individuo sean la base para borrar la perversa lógica binaria, el dilema, que ha apartado a las mujeres del espacio público y ha alejado al hombre de los valores, privados, femenino.

Somos historia por hacer y por tanto nos queda todo por decidir, eso sí, tenemos el deber ético de conjugar nuestra ciudadanía en plural, pues la diversidad no sólo es un irrefutable hecho, sino también un valor, de tal suerte que cada persona, a su manera, pueda construir su proyecto vital, desarrollando sus capacidades en igualdad (material) y de acuerdo con su *derecho a estar erguido* (dignidad).

Finalmente se cierra el libro con una “agenda de los hombres por la igualdad” que incluye once<sup>7</sup> propuestas, denuncias, reivindicaciones, defensas, apuestas y revisiones que se hacen innegociables en orden a conseguir la hibridación de la igualdad material del hombre y la mujer en el espacio público-privado (un todo) compartido por lugares, afectos, pensamientos, encuentros, diálogos, renunciaciones, proyectos, causas, azares y luchas de cada persona, todas diferentes, pero de un modo diverso.

Creo recordar unas palabras del escritor Gustavo Martín-Garzo que venían a decir “el mundo está mal hecho, le dice la protagonista a la abuela. Y esta le contesta: el mundo no está terminado de hacerse, nunca lo hace”. *Masculinidades y ciudadanía* nos propone la cartografía de un hombre nuevo, recién descubierto, un mapa para tratar de ir re-construyendo un mundo cada vez mejor hecho.

JAVIER VILAPLANA RUIZ

Abogado

e-mail: [jvilaplana.isonomia@gmail.com](mailto:jvilaplana.isonomia@gmail.com)

---

<sup>7</sup> Que no se trate de un predecible decálogo es una muestra más de la heterodoxia, entendida positivamente como actitud crítica constante, del Profesor Salazar, a todas horas renuente a resultar *domesticado* por la pandémica sinrazón que nos enferma.